

Ezequiel, tremendas catástrofes y las iras celestiales; ora confunde como los Agustinos y los Crisóstomos á los enemigos de Jesús; ora arranca lágrimas de ternura cuando con voz conmovida y los ojos henchidos de llanto, pedís á los cristianos amor, mucho amor al Corazón dulcísimo de Jesús que queréis reine en el de todos los hombres, ó bien infundís á los mexicanos la veneración entusiasta á la Bellísima Virgen del Tepeyac que es, ha sido y será nuestro lábaro y bajo cuya ejída soberana conservará la patria, la religión, la paz, la autonomía y la ventura.

Ese día tal vez se acordó en los designios eternos concederos ese báculo, que ensanchando vuestra esfera de acción, multiplica el número de los que animados por vuestra palabra y vuestro ejemplo, os siguen por los senderos del cielo.

Allá está vuestra recompensa, pero entretanto que os sentáis en el solio que os espera allí, oíd con benevolencia los himnos de los que, admirando vuestras virtudes y altísimas dotes, pedimos á Dios para vos todo género de prosperidades, y para la Iglesia, pastores y sacerdotes que os imiten.

HERACLIO GARCADIAGO.



AL ILMO. SR. OBISPO DR.
D. ATENOGENES SILVA,
EN EL XXV ANIVERSARIO
DE SU ORDENACION
SACERDOTAL.



ALISCO! . . . hermosa y refulgente cuna
De santos y héroes; inmortal emporio
De la Ciencia y el Arte; en tí germinan
La hidalguía y el valor. Si leo tu historia,
Ante el ánimo absorto van pasando
Miriadas de magnánimas figuras
Que al Sol ofuscan con su luz de gloria.

Si tu presente bonancible miro,
La huella de tu espíritu gigante,
En monumentos que doquiera admiro,
Allí está; poderosa y palpitante.

Dios sus tesoros de piedad inmensos
Sobre tu seno, pródigo derrama;
Y, rico por el oro de tus montes,
Brilla más en tus limpios horizontes
De tu profunda caridad la llama.

En la pléyade inmensa de tus hijos
Que en tu cielo magnífico fulgura,
Irradiando en efluvios soberanos
Ciencia, virtud, amores, heroísmo,
Encantos de apostólica ternura
Y perfumes cristianos;
Se destaca sublime la figura
Del gran Obispo que en Colima enciende
La llama de la fé en nuestros hermanos.

Ha cinco lustros que, por vez primera,
En el Santuario del Señor, temblando,
Realizaba el incruento sacrificio
Que conmemora el drama del Calvario.

Desde entonces consagra sus desvelos
A mejorar la condición mezquina
De la raza de Adán, que gime y llora
Sentada en los umbrales de la muerte:
Con la Fé, sus tinieblas ilumina;
Con la Esperanza, sus ensueños dora,
Y con la Caridad encantadora,
Hace que surja valerosa y fuerte.

Es el Genio un reflejo deslumbrante
De la Divina y Sacra Omnipotencia;
Dios anida en su espíritu gigante
Para que salve al mundo vacilante
En la lucha del mal con la conciencia.

Aquel Pastor insigne, es el Caudillo
Que á sus huestes innúmeras conduce
De la lucha al altar de la victoria:
¡Batallar y vencer es bien sencillo
Si un genio nos alienta con su gloria!

Adoremos á Dios que en sus bondades
Se muestra con nosotros tan propicio,
Que, del mundo en las negras soledades,
Nos manda sus celestes claridades
Para salvarnos del error y el vicio.

¡Cuántos seres, Señor, hay en el mundo
Que, si mostrar su corazón pudieran,
Como si fuera un piélago profundo,
En oleaje de amores sin segundo
A vuestros santos piés se convirtieran!

Aquí ... de vuestra insólita ternura
Existen los raudales sin medida,
¿Cómo contar las horas de ventura
Que allá en mi hogar arrullanme la vida,
Y al cual bendijo vuestra mano pura?

Que Dios prolongue vuestros santos días
Por la dicha de tantos corazones
Y el brillo de la Iglesia Mexicana;
Y que á las huestes lúgubres é impías
Que levantan rebeldes sus pendones
Las regenere vuestra fé cristiana.

Agustín G. Navarro.



Señores:



El cuadro que se presenta á nuestra vista es verdaderamente seductor. Un grupo de compañeros de estudios, hombres ya, y encarrilados en diversas profesiones, se reúne con el objeto de dar testimonio de afecto á su maestro de Humanidades, y organiza esta hermosa velada, á la que dan realce tanto lo selecto del concurso como la excelencia y nombradía de la mayor parte de los oradores. Grato debe ser para el maestro recibir tan hidalgos y cariñosos homenajes; y debe ser más grato aún para los discípulos dar el nombre de maestro á persona tan llena de merecimientos como el Ilmo. Sr. Silva: sabio profundo, predicador eminente, gerarca eclesiástico y, sobre todo, varón manso y lleno de virtudes. Uno y otros, á la verdad, tienen razón para sentirse contentos: éste, por el valer social indiscutible de los antiguos alumnos de su curso de Artes, y aquellos, por la excepcional importancia de su querido profesor.

En cuanto á nosotros, espectadores de tan placentera cordialidad, debemos congratularnos por haber sido llamados á presenciar los esplendores de esta escena.

El tino delicado de los organizadores de la fiesta, los ha llevado á conmemorar en esta ocasión, entre tantos acontecimientos brillantes como forman la interesante vida de Su Señoría, el semijubileo de su primera misa. Es usado entre sacerdotes celebrar los aniversarios de la recepción de las sagradas órdenes; pero nó la misa primera. La idea es,

pues, original y por extremo acertada; porque en el Ministerio Sacerdotal no hay nada superior á la Fracción del Pan, á la mística Sinaxis que da al presbítero un poder incomparable.

La misa, señores, es de una grandeza tal, que confunde la razón, pone miedo en el ánimo y mueve el corazón á un amor infinito. Es el sacrificio místico é incruento del cuerpo y de la sangre del Redentor—víctima y sacerdote á un tiempo mismo—ofrecido en el altar, en homenaje de adoración y gratitud al Todopoderoso, y para expiación de nuestros delitos y demanda de socorro. Es el sacrificio que anunció el profeta Malaquías como substitución de los antiguos; la oblación universal que, rota la barrera judaica, es elevada al Eterno en toda la extensión de nuestro planeta. Recuerda aquella Cena memorable que precedió la crucifixión del Salvador, cuando éste dió pan á sus discípulos diciéndoles: “éste es mi cuerpo dado por vosotros;” y vino, diciéndoles: “ésta es mi sangre derramada por vosotros.” Cuantas veces se renueva esa Fracción del Pan, se hace en memoria del Crucificado, como El quiso que se hiciese.

El sacrificio perpétuo de la misa es la renovación eterna de la redención; es como si Jesús estuviera muriendo siempre en el Calvario.

¿Qué puede haber más inmenso que el poder sacerdotal que convierte el vino y el pan ázimo, semejantes á los del Cenáculo, en Cuerpo y Sangre del Redentor? Una bendición, una súplica y unas palabras misteriosas, bastan para convertir aquellas substancias, en lo más augusto y divino que puede haber en los cielos y en la tierra; y bajo el velo de las especies, contener á la Divinidad y á la dulce Humanidad santificada por el martirio y glorificada por la resurrección.

Cuando, en medio del silencio y del recogimiento de los fieles, alza el oficiante en sus manos purificadas la Santa Hostia, siéntese como una ráfaga de la altura soplar en el santuario; lo infinito se mezcla con lo finito; y el Misterio del Amor se realiza sobre el ara entre nubes de incienso que suben por el espacio.

Nada más poético ni más conmovedor que ese acto. El ministro revestido de blanco y cubierto de brillante tisú, eleva al cielo la cándida Hostia para presentarla al Criador, como Abel le ofrecía el cordero inmaculado; como Melchisedec le presentaba sus santas ofrendas; y es el emblema de la pureza; contiene en su substancia el bien, la santidad infinita, Dios-Hombre.

¡Cómo debe sentirse sobrecogido de respeto, de gratitud y de alegría el joven sacerdote que por vez primera oficia en el ara y hace uso del poder que acaba de recibir, para tener en sus manos el cuerpo del Señor y mostrarlo á los fieles inmaculado y triunfante como quedó después de la Pasión y de la elevación del Sepulcro! Ese recuerdo debe ser el más hondo, el más inefable del alma del presbítero, porque marca un encumbramiento tal de su ser, que confunde la razón, y no puede compararse con otro alguno.

Ninguna alma más á propósito que la del Ilustre Prelado que nos escucha, para penetrarse de todas esas grandezas y para conmoverse ante esos santos recuerdos. Indelebles deben estar en su memoria aquellos momentos sublimes en que, tomando con mano trémula la Hostia bendita y el vino dentro del Cáliz, los consagró ya como sacerdote, y los vió con los ojos de la fé convertidos en Cuerpo y Sangre de Jesús de Nazareth; de aquel Profeta divino que predicó la pureza, el perdón y el amor, y murió sobre el Gólgota con los brazos abiertos para los hombres! Seguramente se estremecería entonces hasta la médula de los huesos, lleno de respeto y de adoración, y quedaría confuso pensando ¿de dónde bajaban á él tanto poder y tanta dicha? Y ahora mismo, al recordar ese lejano pasado, que brilla en la lontananza de un cuarto de siglo; ¡cómo se sentirá enternecido al renovar aquella escena, cuando su corazón juvenil y su alma henchida de ideales, desfalleció casi sobre el ara, al peso de místicas y santas emociones!

Hé aquí, Ilmo. Señor, el hecho que conmemoran vuestros discípulos—ese hecho culminante de vuestra vida; hé aquí la fecha que celebran—esa fecha escrita con luz en los anales de vuestra carrera. Yo uno mi voz al coro que forman en vuestro loor vuestros hijos intelectuales, y os felicito de corazón por la honra inmensa que recibisteis el día en que dijisteis la primera misa; por el recogimiento con que celebrasteis entonces tan santos misterios y por la estela de grandeza y de luz que dejó en todo vuestro ser ese augusto acontecimiento.

¡Permítame Dios que muchos años sigáis convirtiendo el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo! Vuestra alma está á la altura de tan elevado ministerio, y pocas manos son más dignas que las vuestras de consagrar, perdonar y bendecir!

José López-Portillo y Rojas.





EN LA - -
VELADA
DEL ILUSTRI-
SIMO SEÑOR
SILVA. ❀ ❀

Ilmo. Señor:

Señores:



ENOS aquí congregados con motivo de una de las más legítimas satisfacciones que pueden llenar el corazón humano; estamos gozosos los que, al dictado de amigos, reunimos el meritisimo título de discípulos del Ilmo. Sr. Silva: traemos una ofrenda grata y sencilla, á quien nos dió la mano, nos prestó su apoyo, nos alumbró los comienzos del camino de la vida, de aquel camino que nos debía conducir á la prosperidad de una posición social adquirida por el trabajo y vislumbrada en las rudas luchas de la inteligencia... somos los peones guerreros de aquel caudillo que empuñó ante nosotros la bandera de colores luminosos en que se leía con caracteres de fuego, de aquel fuego que guiaba á un pueblo por el desierto, la palabra "ADELANTE;" somos los que recibimos la hipnótica sugestión del talento y de la voluntad enérgica, para buscar la redención de nuestras oscurecidas inteligencias en los senderos infinitos de la verdad y del bien filosóficos y mo-

rales; somos los agradecidos beneficiarios que entraron en posesión de la pingüe herencia ofrecida como galardón del trabajo, al obscuro nebrí-sense de ayer, y ese galardón es el título profesional que ahora mostramos con noble satisfacción.

Somos los que tenemos el indisputable derecho de agruparnos en torno del maestro para sentir con él sus propias satisfacciones, en el vigésimo-quinto aniversario de su unción sacerdotal; de esa fecha en que se filió al gremio de los pastores de la grey de Cristo y en que abrazó una misión toda virtud y caridad, consagrándose á esa vida de abnegación que encendió en el amor al prójimo aquellas antorchas que aún alumbran al mundo con los nombres de los Agustinos, los Crisóstomos y los Bernardos.

La conmemoración, señores, de la fecha en que el hombre cambia su estado social por un modo de ser excepcional, para convertirse en el brazo de una Providencia de las calamidades humanas, remediadas ó curadas por la caridad; para ser el guardian fiel de la doctrina purísima que salvó al mundo con la predicación de la buena nueva; para ser el amigo desinteresado de todos los que sufren, el consuelo de los que desesperan, el consejero de los que yerran, el apoyo fuerte y robusto de los que vacilan y dudan, y el padre espiritual de un rebaño numeroso; es lo que nos trae aquí, es lo que nos congrega para decir al apostol meritisimo: bendito seas, guárdete Dios la vida por largos años, recibe nuestros parabienes y que tu espíritu levantado reciba nuestras salutations, como el aroma purísimo de las flores que te ofrecen mil corazones agradecidos de tus discípulos y de tus amigos.

No puede ser más glorioso este aniversario, como que se conmemora un hecho, trascendental para quien se buscó la perfección evangélica, y para la sociedad, porque recibió en su seno un colaborador infatigable de la civilización, un propagandista de la fé cristiana y un batallador invencible que ha derramado con el brillo de su elocuente palabra, enseñanzas morales que darán frutos sazonados para el bienestar social.

Hoy traemos á la memoria el holocausto hecho en aras de la más santa de las misiones del hombre sobre la tierra y del más noble de los fines; y por nuestra memoria pasan en mística procesión, los cristianos de los primeros tiempos del evangelio, perseguidos y sacrificados; y se nos presentan los descalzos misioneros que llenos de privaciones buscaron en toda la extensión de la tierra, ya fuera en América, en Asia ó en el Africa y la India, al ser racional, vivificado por la luz intuitiva de su grandeza, en cuyas almas depositaron el fuego sacro de la doctrina nueva anunciada al mundo desde un madero infamante. Hoy leemos el catálogo que escribió la abnegación con sangre de mártires en el libro inmortal de la historia de las misiones; y pasan en ascensión arrebatadora las figuras grandiosas de la predicación religiosa, desde S. Pablo el sabio, hasta el humilde Padre Damián; pero mañana será otro acontecimiento el que nos reuna, más sencillo, quizás enteramente privado, y,